

CARTA PASTORAL

QUE EL EXCMO. É ILMO. SR. DOCTOR

D. SEBASTIAN HERRERO Y ESPINOSA

DE LOS MONTEROS,

OBISPO DE CÓRDOBA,

DIRIGE

AL CLERO Y FIELES DE SU DIÓCESIS

CON MOTIVO DE SU ENTRADA EN LA MISMA.

R. 20702

1883.

Imprenta, librería y litografía del DIARIO DE CÓRDOBA.

San Fernando 31 y Letrados 18.

R-1096

Nos el Dr. D. Sebastian Herrero y Espinosa de los Monteros,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA
OBISPO DE CÓRDOBA, MISIONERO APOSTÓLICO, CABALLERO GRAN
CRUZ DE LA REAL ÓRDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA,
PREDICADOR DE S. M., ETC., ETC.

*Al venerable Dean y Cabildo de nuestra Santa Iglesia
Catedral, al respetable Clero, Comunidades religiosas y
jefes de nuestra muy amada Diócesis, salud y bendicion
en Nuestro Señor Jesucristo.*

Apenas nos fué conocida la voluntad divina significada por el Vicario de Jesucristo en la tierra en Consistorio celebrado en Roma el quince de Marzo próximo anterior, en el que fuimos preconizados para regir esta importantísima Diócesis que Prelados insignes ilustraron con su virtud y su ciencia; recurrimos á Dios nuestro Señor por intercesion de su Madre Santísima y del glorioso arcángel San Rafael, impetrando el divino auxilio para apacentar esta numerosa grey que el Espíritu Santo nos ha encomendado. Aun antes de conoceros personalmente dirigíamos nuestras preces al trono del Altísimo para que la gracia divina se derramara en vuestros corazones y fueseis colmados de dones espirituales y de los temporales en cuanto pudieran contribuir á vuestro bienestar y felicidad eterna. Es decir, amados hijos, que antes de conoceros, por vosotros orábamos y os dirigíamos nuestro cordial saludo y nuestra paternal bendicion.

Nacidos como vosotros en Andalucía, sabemos

muy bien que en nuestra levítica capital y en los pueblos todos de este Obispado, apesar de las falsas predicaciones de hombres sin Dios y sin conciencia, están muy arraigadas la fé y la piedad, siendo escasísimo el número de incredulos y prevaricadores, si es que los hay, en esta nobilísima tierra regada con la sangre de tantos mártires.

Y en verdad os aseguramos que si no nos hubiesen sido tan notorias esta fé y esta piedad, lo hubiéramos conocido bien pronto al presenciar el tierno, solemne y entusiasta recibimiento que habeis hecho á vuestro nuevo Prelado. Clero y fieles, autoridades y pueblo habeis dado en esta ocasion un nuevo y público testimonio de la fé y la piedad que atesoran vuestros corazones. Nos, abismados reconociendo nuestra pequenez y miseria, al presenciar tan conmovedora escena, recordamos el sublime dicho del gran Alejandro, ante quien muda se postró la tierra: (1.^o Mach. I.^o 3.^o) "No hice yo reverencia á un hombre, sino á Dios cuyo sacerdocio ejerce." (Joseph. Lib. 11 antiq. cap. 8.) No rendisteis vosotros esos honores al hombre frágil y pecador, sino al sucesor de los Apóstoles, á quienes envió el Hijo de Dios, como el Padre le enviára, *sicut misit me Pater et ego mitto vos*. (Joann. 20. 21.) Habeis rendido esos honores al que viene á esta tierra bendita á consagrar el tiempo que le resta de vida para procurar la mayor gloria de Dios y la salvacion de vuestras almas. Al que viene cumpliendo una mision divina, á predicar el Santo Evangelio, á defender el reinado de Jesucristo en la tierra y á que vuestros corazones se abrasen en el fuego sagrado de la caridad. (Luc. XII. 49.)

Fé y caridad: estos son los vínculos estrechos que ya nos unen. Profesando, como profesamos, la santa fé católica y viviendo en caridad, podemos y debemos esperar, mediante los divinos auxilios, la salvacion eterna. "Estad firmes: conservad las tradiciones," os diré con San Pablo á los fieles de Tesalónica; preciso es que os conserveis firmes en la fé, porque sin ella imposible es agradar á Dios, *sine fide impossibile est placere Deo* (Ad Heb. II, 6.º) El que no creyere se condenará *qui non crediderit condemnabitur.* (2.ª arc. XVI. 16.)

Es cierto habeis heredado la santa fé católica que, como nos enseña el Doctor Angélico, tiene su fundamento en la revelacion de la verdad primera, en la palabra de Dios, en la luz divina. Vosotros sabeis que la razon dirigida por la luminosa antorcha de la fé, reconociendo cuanto Dios ha revelado al hombre, se concilia humildemente con ella y uniéndose subordinada la ciencia á la revelacion divina, la fé y la razon llevan las almas á un mismo venturoso término, que es Dios. Creeis, es verdad, cuanto cree y confiesa nuestra madre la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, única verdadera; pero permitid os repitamos lo que hace poco mas de un año decíamos á nuestros amados hijos del católico principado de Asturias. No hay que adormecerse entre los laureles del triunfo, porque el cuadro que presenta actualmente el mundo es en extremo desconsolador.

Subtraida en algunos paises la juventud á las saludables influencias de la fé; borrados de sus códigos penales los delitos cometidos contra la Divinidad; equiparados los falsos cultos al culto rendido al ver-

dadero Dios; concedida plena libertad, ó al menos calculado permiso para combatir y escarnecer cuanto hay mas sagrado en el cielo y en la tierra; negada la inmortalidad del alma, la vida futura y por consiguiente los premios y castigos eternos; despojada de sus bienes y conculcados los derechos de la Iglesia de Jesucristo y ofendida públicamente en la cátedra, en la tribuna, en el libro y hasta en inmundos folletos y publicaciones ateas; humillado el Clero y apriisionado muchos años há en su propio palacio el Vicario de Jesucristo y, lo que todavía es mas irritante, toleradas las falsas creencias y únicamente combatida la fé católica; no es extraño que ésta se debilite en muchas almas, en tanto que el mundo retrocede al mas grosero paganismo. Porque mientras en algunos pueblos es suprimido y en otros calificado de fanatismo el culto al Dios verdadero, el interés material y la voluptuosidad pagana ostentan magníficos templos, donde se ofrecen á las masas inconscientes inmorales espectáculos que nos hacen recordar los nefandos de Nive y Babilonia.

A la vista de este cuadro desgarrador no basta decir "creo y confieso cuanto cree y confiesa la Iglesia católica." Es necesario, os diré con palabras de nuestro santo y sábio pontífice Leon XIII en su admirable alocucion á los peregrinos italianos, vivir prevenidos contra los enemigos de la Iglesia, "vigilar de continuo para eludir sus insidias y guardar celosamente y á toda costa el precioso tesoro de la fé con que la bondad divina os ha enriquecido."

Oigamos, pues, venerados Hermanos y amados Hijos, la voz augusta del sucesor de San Pedro, incon-

dicionalmente adheridos á su infalible doctrina é inapelables decretos, y creamos como él cree, y espere-mos como él espera, y amemos como él ama; compadezcámosle en sus amarguras; socorrámosle en su indigencia considerándole como el pobre mas Augusto y mas necesitado de la tierra, porque él es el padre de todos los pobres y el amparador de todos los infortunios; y pidamos incesantemente á Dios Nuestro Señor nos conceda una firme perseverancia en nuestras católicas creencias hasta el instante postrero de nuestra peregrinacion en este valle de lágrimas.

Despues que Nuestro Señor Jesucristo curó la enfermedad moral de la humanidad condenada á eterno llanto; despues que regeneró al mundo con su admirable doctrina y su santísimo ejemplo y principalmente con su sacrificio en el Calvario; la humanidad ingrata pagó tan inmenso sacrificio con increíbles deslealtades y vióse otra vez herida de muerte. Las heregias, los cismas, la dominacion de los bárbaros, las abominables prácticas de los sectarios del Alcoran y las infamias del serrallo, y en épocas más recientes y hasta en nuestros dias, el protestantismo y el racionalismo repitiendo el grito satánico *no. i serviam*, han venido de nuevo provocando el enojo de Dios, olvidando que en otro tiempo inundó con el diluvio toda la tierra y abrasó con fuego del cielo las ciudades de Pentápolis. Hoy la rebellion contra Dios y contra su Cristo y contra su Iglesia se presenta todavia más descarada. Ya no se trata de disputar algun punto dogmático, ni sustituir una religion por otra. Se trata de la negacion de Dios y por consiguiente de todo principio de autoridad en el cielo y en la tierra. Se

trata de una guerra implacable, guerra á muerte contra la religion, la sociedad y la familia. Se trata de que sean negados todos los dogmas y conculcados todos los derechos y heridas todas las clases de la sociedad por la ya alzada cuchilla de los juramentados en tenebrosas lógias y ante las llamaradas del petróleo y la explosion de la dinamita. Esta es la última consecuencia de esas predicaciones impías y de esas continuas rebeliones que, con asombro y terror de los buenos y ante la glacial indiferencia de muchos que se precian de católicos, está amenazando á la religion, á la sociedad y á la familia. En tanto aumenta de una manera espantosa la corrupcion de costumbres, se multiplican los asesinatos y los suicidios, crece, tomando actitud amenazadora, el pauperismo, y la humanidad desconcertada se agita sin encontrar el remedio que cure ó mitigue tan espantosos males.

El remedio, que no han acertado á hallar los más reputados estadistas del mundo, ha diez y nueve siglos bajó del cielo; lo trajo el maestro y médico divino Cristo Jesús. El remedio está en la práctica de la ley evangélica, que condena la avaricia del rico, diciéndole, *sé caritativo*; y la envidia y la desesperacion del pobre, diciéndole, *tén resignacion*; bienaventurados los pobres porque ellos serán hartos. El remedio está, para los que por la misericordia de Dios no hemos perdido la fé, en permanecer firmemente adheridos á la cátedra infalible de Pedro; en respetar el principio de autoridad, dando á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, porque, como nos enseña el Apóstol, el que á la potestad resiste á la ordenacion de Dios resiste. (Ad. Rom. 13, 2.º) La firme-

za en la fe, en una fé no solamente especulativa sino práctica, ó sea acompañada de la caridad; ved aquí el único medio de conjurar los males terribles que nos amenazan, y de gozar de paz en el tiempo y de la gloria en la eternidad. Solo así es como podemos ser felices, como nos enseña San Judas (1.º 2.º): “Edificándoos sobre el cimiento de vuestra santísima fé, orando en el Espíritu Santo y esperando la misericordia de Nuestro Señor Jesucristo para dicha eterna.”

Recordad, venerables hermanos y amados hijos, que somos descendientes de los que pelearon durante siete siglos contra los infieles hasta obtener la completa reconquista de la española monarquía. Recordad que aquí, en este histórico suelo fecundado con la sangre de gloriosos mártires, pátria de eminentes varones en santidad y ciencia; aquí, donde dictaba orgulloso ominosas leyes el célebre Califa; aquí, fué destruido su poder y vencidas sus huestes por el valor de vuestros católicos padres. La santa fé católica: ella es la que ha conseguido mil veces la victoria, no solamente en el orden material, sino en el intelectual y social. La doctrina católica ha vencido á la ilustrada Grecia, á la pagana y orgullosa Roma; ella ha llevado la luz de la verdad á los pueblos bárbaros y ha triunfado de la incredulidad confundiendo los sofismas, ilustrando la inteligencia del hombre y ganando su corazón. Ahí están, entre otros mil, los nombres de los Tertulianos, Orígenes, Gregorios, Agustinos, Isidoros y del Angel de las escuelas, el sol de Aquino, cuya doctrina ha sido, es y será la admiración del mundo.

Perseverad, amados hijos, incondicionalmente sometidos á la enseñanza católica, sin admitir la más

leve vacilacion ni la más ligera duda. La fé católica no puede variar, porque Jesucristo que la enseña es ayer y hoy el mismo de todos los siglos, segun espression del Apóstol. La Iglesia católica, única depositaria y maestra de la verdadera doctrina, nos la enseña como su Divino Maestro la enseñó, porque la unidad es uno de los caracteres de la religion revelada y de la Iglesia de Jesucristo.

No basta, sin embargo, que el entendimiento se someta á la enseñanza católica. Es necesario que esta fé sea viva, que vaya acompañada de las buenas obras, porque sin ellas es una fé muerta. (Jacob. II. 26). Es necesario que el corazon del católico se abra-se, se consuma en el santo fuego de la caridad. La caridad es la vida del alma, la raiz de todas las virtudes morales y aun de la fé y de la esperanza, porque ella, como nos enseña el Doctor angélico, nos conduce completamente á Dios que es el fin para que fuimos criados. Dios es amor, y todo amor, y cuanto á Dios se refiere es amor, y por eso esta virtud es el fundamento de todas las demás. Amar á Dios sobre todas las cosas, y aquel le ama que cumple sus mandamientos, y al prójimo como á nosotros mismos; este es el resumen del decálogo, y este es tambien el mandato del Divino Maestro.

Ved ahí el término á donde debeu dirigirse todas nuestras aspiraciones y ved ahí el objeto á que nos proponemos consagrar, con la ayuda de Dios, los trabajos pastorales, las fuerzas la salud y, caso necesario, hasta la propia vida. Nos proponemos estrechar más y más el vínculo de caridad que con vosotros nos une, y que siempre consideremos que somos herma-

nos porque constituimos una misma familia; todos somos hijos de un mismo padre que está en los cielos, y nos ha prometido la eterna posesion de su reino, si le somos fieles.

Hoy, mas que nunca, estamos obligados á hacer cuantos esfuerzos nos sean posibles para que no se relaje entre nosotros el vínculo de la santa caridad. Hoy que el hombre enemigo viene sembrando la zizaña en la mística heredad del padre de familias y que ha conseguido deplorables triunfos en nuestro católico reino, dividiendo y enconando los ánimos de los fieles, haciendo que olviden algunos de estos la máxima divina que leemos en el Santo Evangelio: *Omne regnum in se ipsum divisum desolavitur*. Tened presente que Nuestro Santísimo Padre el gran Leon XIII, que con tanta amargura y tanta gloria dirige la nave del pescador de Galilea, en varias de sus profundas y sábias alocuciones y encíclicas, especialmente en la que dirigió á todos los Prelados españoles el dia memorable de la festividad de la Purísima Concepcion, nos exhorta á que vivamos en caridad. En esa admirable Encíclica *Cum multa* dice el sabio Leon XIII. *Bien claro está cuanto importa conservar incólume la union de los corazones: tanto mas que en medio de la desenfrenada libertad de pensar y de la fiera é insidiosa guerra que en todas partes se mueve contra la Iglesia, es DE TODO PUNTO NECESARIO que los cristianos todos resistan, juntando en uno sus fuerzas con perfecta armonia de voluntades, para que hallándose divididos, no vengán á sucumbir por la astucia y violencia de sus enemigos. Por lo tanto, conmovidos por la consideracion de semeiantes daños, os dirigimos estas*

Letros, ó amados Hijos y Venerables Hermanos, y encarecidamente os suplicamos que haciéndolos intérpretes de nuestros saludables avisos empleeis vuestra prudencia y autoridad en afirmar la concordia.

Hemos copiado literalmente estas sublimes palabras para que meditando su altísima enseñanza, procuremos todos con diligencia suma conformar con ellas nuestras acciones, teniendo muy presente, según oportuna y elocuentemente nos ha advertido el M. R. Sr. Nuncio Apostólico en España, que *ante las augustas y paternales amonestaciones dirigidas á los católicos españoles por el Vicario de Jesucristo. no hay vencedores ni vencidos, debiendo quedar única y exclusivamente vencedora la caridad solícita del Padre y la piedad obediente de los hijos.*

Obedeciendo el superior mandato con grande regocijo de nuestra alma y en cumplimiento de nuestro ministerio pastoral procuraremos cuidadosamente, inspirándonos en las sábias lecciones de Su Santidad Leon XIII, que en los ejercicios espirituales, á que debe concurrir y viene, con general edificacion, concurriendo el digno clero de nuestra Diócesis, en sus conferencias morales y en los santos ejercicios que se den á los fieles, presida y reine la virtud de la caridad.

Con el auxilio de Dios nuestro Señor y la protección de María Inmaculada, esperamos poder apacentar á nuestra amada grey conduciéndola suave y amorosamente por los prados que conducen á la bienaventuranza, y contamos confiadamente con la importante cooperacion y consejo de nuestro venerable Cabildo Catedral, cuya ciencia y virtud nos son bien conocidas, é igualmente con el celo religioso y laborio-

alidad de nuestro amado clero secular y regular, muy especialmente de los que tienen á su cargo el importantísimo de la cura de almas. Confiamos igualmente en la cristiana cooperacion de las dignas autoridades y corporaciones de nuestra Diócesis, en la de los Superiores y Catedráticos de nuestro Seminario Conciliar, que continuarán ilustrando la inteligencia y guiando el corazon de nuestros amados seminaristas por los senderos de la virtud y del saber, teniendo en consideracion que esos tiernos jóvenes que están en el átrio de la casa del Señor, son la esperanza de la Iglesia militante y están llamados á llenar las aclaradas filas de los Levitas del Santuario. Contamos asimismo con el auxilio de la plegaria de las esposas del cordero immaculado, que consagradas á Dios en el retiro del claustro, implorarán la divina misericordia para que el Señor nos ilumine y nos fortalezca de modo que podamos seguir las gloriosas huellas de nuestros virtuosos y sábios predecesores y muy especialmente del Excmo. é lltmo. Sr. D. Fr. Zeferino Gonzalez y Diaz-Tuñon, honra de las letras españolas, á quien la obediencia y su indisputable mérito le han llevado á la Silla Metropolitana de nuestra provincia eclesiástica. Mucho esperamos tambien del buen ejemplo y aplicacion de esos obreros católicos que en sus circulos, creacion del eminente Prelado que acabamos de citar, dan gallardas pruebas de su fé y su piedad. Confiamos tambien en las oraciones de esos penitentes ermitaños de San Pablo que en la aspereza y soledad del desierto no dejarán de atraer sobre el nuevo é indigno pastor una bendicion del cielo para que consagre el ultimo tercio de su vida á propagar mas y mas el reinado de Jesucristo en la tierra.

Últimamente pedimos obediencia, amor y oraciones á todos y cada uno de nuestros amados hijos, porque sobre todos y cada uno de ellos, en testimonio de paternal cariño, levantamos nuestros brazos al cielo dándoles nuestra bendición en el nombre del † Padre y del † Hijo y del † Espíritu Santo.

Dada en nuestro Palacio Episcopal de Córdoba en la fiesta del glorioso Arcángel San Rafael 24 de Octubre de 1883.

✠ SEBASTIAN,
Obispo de Córdoba.



Por mandado de S. E. I. el Obispo mi Señor,
Dr. Alejandro Gil de Reboleño.
CANÓNIGO-SECRETARIO.

